



DE LABERINTOS, PADRES Y ADOLESCENTES.

Relatos intensos desde la realidad
cotidiana hasta la cuántica

DE LABERINTOS, PADRES Y ADOLESCENTES.

Relatos intensos desde la realidad
cotidiana hasta la cuántica



JAUME BOSCH JURADO

Primera edición: abril 2026

Depósito legal: SE 1150-2026

ISBN: 979-13-7046-558-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: JAUME BOSCH JURADO

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para Mar y Marco. Siempre

PING-PONG DEL ADIÓS

La bola es golpeada por la raqueta, ping, y luego rebota en la mesa, pong. Esa bola ahora estrellada en la red por el hijo, tras un drive potente y en la línea del padre, da por fin la victoria a este. El padre ya apenas aprende, pero es competitivo, luchador. El muchacho, ya mejor jugador, sin embargo, no lo ve claro, ya no disfruta ni siente nada, ni ganando ni perdiendo. El padre creía, erróneamente, que mostrando cierta solvencia, el estar a la altura, capaz de arrebatarle algún set o incluso el partido, estimularía, picaría, al reciente y serio adolescente.

Años atrás el padre inició al niño al *ping-pong*, como al ajedrez o al tenis, como muchas cosas, pero ahora el hombre se hace mayor, le cuesta cambiar de estilo para poder mejorar, no puede o no quiere o no se ve capaz de poner todos sus sentidos en ello, quizá podría mejorar pero su mente se va, solo le interesa, además de su familia y amigos, la historia y escribir. Muchas de las veces que juega con el muchacho en el club y sobre todo con otra gente no lo pasa demasiado bien, pues no avanza, no está del todo cómodo, aunque la ida paseando juntos y, sobre todo, la vuelta, le gustan mucho, compran algo en un japonés o unas croquetas por ahí, y charlan un poco. Alguna vez se excusa para no ir, y el hijo se siente más dolido de lo que él cree. El chico sí ha evolucionado en el poco tiempo que llevan allí, aunque ese club de tenis de mesa no le favorece nada, es grande, con torneos importantes, y están todos en sus cosas...

El padre, aunque siempre le gustó jugar al *ping-pong* por simple diversión, va a jugar por el hijo, no hace falta decirlo, por ha-

cer algo juntos, ahora que la infancia queda atrás y el niño navega por mares extraños, sugestivos y tenebrosos a la vez.

Lo que ha tardado en comprender el adulto es que el hijo, como él, no iba solo por el juego, iba también, sobre todo, por el padre, por seguir haciendo algo juntos ahora que la atracción magnética, colosal, de la adolescencia le aleja de casi todo lo paterno y materno, de lo que había sido hasta entonces todo su mundo.

Los padres, sin alcanzar a ver bien el fondo, le decían que podía ir solo de vez en cuando, no siempre con el padre, para aprender, jugar con otros, pero el muchachito se negaba en redondo.

Su mundo se tambaleaba, mucho miedo, frío y angustia inconsciente se estaban apoderando de él; su padre y él eran, habían sido, uña y carne, juego y humor, cada noche el niño era arropado, tras leer juntos a Julio Verne o a Enid Blyton, aunque el chaval iba ya tratando de olvidar y, por fortuna, se le abría el mundo y se abría la amistad de gente de su edad, y se hacía fuerte poco a poco.

También el mundo del padre, ya acercándose a la vejez, se llenaba de incertidumbre y miedos, aunque de naturaleza diferente. Pero, como su hijo, también era más fuerte de lo que creía. La pena es que no encontraban cómo volver a relacionarse, solo el cariño, por grande que sea, a veces no es suficiente...

Ambos sienten como sus manos, unidas desde la infancia, desde siempre, desde que las manitas del bebé buscaban en el frío aire hasta encontrar el suave calor paterno, esas manos llenas de juegos, alegrías, riñas, charlas, vivencias, descubrimientos, resbalan, ahora sudorosas, hasta casi soltarse sin querer ni el uno ni el otro, y temen por la relación de los dos, temen por los dos, pero sobre todo por el otro, el padre por el hijo, este por el padre.

Aquella tarde ya oscura, caminando hacia casa tras su absurda victoria, el padre se dio cuenta de que las manos, también las miradas, se habían perdido la una a la otra. Para siempre.

De aquella manera, al menos, para siempre.

UN CRIMEN INNECESARIO

Tampoco aquella noche hubo lectura entre padre e hijo. No era la primera vez, aunque tampoco eran tantas las ocasiones en que el chaval, hasta hace muy poco un niño, la había preferido a ella.

Muchos años, quizá demasiados, quedaron atrás de golpe. Juntos en la cama explicando historias que se inventaban por capítulos, en las que primero las explicaba el padre pero después ya las hacían juntos; más tarde jugando a encestar el calcetín en la silla, riendo, charlando y leyendo hasta bastante tarde. El padre se perdía series televisivas muy buenas y algunas pelis importantes, a veces acababa agotado. Qué más daba.

Ahora, casi de golpe, el niño había crecido y él ya le aburría, cuando muy poco antes no le dejaba respirar de actividad y de buscarle y preguntarle sobre todas las cosas.

La prefería a ella, más divertida, variada, comprensiva, moderna. Están buena parte del día juntos, y oye cómo se ríe con ella y sabe lo bien que conecta.

Nada podía hacer, pues en parte es ley de vida y en parte él últimamente ya no estaba tan alegre y eso todavía empeoraba las cosas. Como en unas penosas arenas movedizas, cuanto más intentaba acercársele más rechazo provocaba. Cierto que todo esto era muy reciente, cierto que habían sido todavía pocas veces, pero se notaba que no había vuelta atrás. No solo por ella, aunque a veces ejercía una mala influencia, sino por la edad, el crecimiento natural.

Ahora, él se sentía desamparado, y la cabeza y el cuerpo le dolían, se convulsionaban, hasta no pensar con claridad, hasta

primero entristecerse y después obsesionarse febrilmente, para acabar entrando en irracional ira. La evolución del hijo era algo natural, claro que sí, pero aun y así era evidente que la compañía de ella absorbía al jovencito. Que ella se estaba interponiendo entre ellos. Que se estaba sintiendo lejos, solo; no traicionado, desde luego, se querían demasiado para ello, pero... Se sentía raro, se estaba obsesionando en demasía.

Y no, no había solución. A no ser que... a no ser que

Con frialdad contenida, aunque en realidad estaba fuera de sí, sereno y a la vez crispado como un fantasma, aquella noche se dirigió sigilosamente hacia donde ella descansaba; los ojos le brillaban, pues tras muchas dudas estaba decidido. Abrió la puerta...

Por la mañana muy temprano, tras borrar todas las huellas del horrible suceso, no exento de aparente serenidad, pero destrozado, maltrecho, decidió tratar de redimirse en lo posible. Lleno de arrepentimiento se dirigió allí donde eran competentes y tras anunciar el terrible hecho... decidió que allí mismo le compraría otra *tablet* nueva, incluso mejor que la anterior, a su niño.

LA CENA

Si no digo que no, realmente fue una época bastante bonita, gracias a mis padres, y también al niño que yo he sido. He de reconocerlo, aunque no siempre lo he visto de esta manera. La verdad es que poco cambiaría de lo vivido; a lo mejor, siendo exigente, algunas cosas que me hirieron entre el final de la infancia y ahora. Pero ya les he perdonado, incluso, si lo pienso varias veces, quizá no hubiera nada que perdonar.

Pero es que ya me sobran. Esa es mi sensación. No digo que no me doliera, en un principio, sentir esto, me parecía injusto. Ahora ya no. Aún no soy mayor de edad, pero me siento maduro, mucho más que algunos de veinte, y quisiera estar lejos de aquí, de ellos. Y eso sí, verlos de vez en cuando y ayudar si lo necesitaran, pues de verdad que les quiero. Pero hay que alejarse. Afortunadamente, la supervivencia es instinto muy fuerte, necesario, como la de esos pájaros que se van del nido o esos jóvenes leones... bueno, este no es buen ejemplo, ahí les echan a patadas.

Cuando me voy al instituto aún están en casa o salen conmigo; cuando vuelvo, siempre está papá o si no mamá o los dos. A veces me conforta su compañía, no digo que no, pero me siento con poco espacio. Es verdad que se adaptan lo que pueden, y me siento agradecido, sé que les cuesta, y que si traigo amigos o a mi novia, se comportan con cierta discreción, aunque no siempre, a veces preguntan o hasta comentan cosas.

Tengo que reafirmar lo que voy aprendiendo, a veces de ellos mismos, pero necesito interiorizarlo y percibirlo como propio, asumido, y no sentir todo el rato que se lo debo a alguien. Me

molesta esa sensación, me coarta. Noto como si el quebrado cascarón donde estuve en la infancia aún estuviera aquí al lado, oliera mal y hasta, en ocasiones, tuviera que meterme dentro.

Si faltaran me dolería, no digo que no, y mucho además, pero por otro lado sería interesante, pues iría a mi aire, con casa propia, algo de dinero, sin exigencias ni obsoletos consejos de viejos, y empezando a labrarme un futuro a mi gusto, aunque también es verdad que nunca se meten demasiado en esto, solo insisten en que piense primero en estudiar o trabajar a gusto, en algo que me interese o en lo que tenga capacidad, y después ya pensar en el dinero. No ven cómo va el mundo hoy.

Algunos de mis amigos consultan con los padres estos temas y otros, y esperan consejos, pero a mí qué consejos me van a dar, si ya veo cómo va el tema, si no han sido capaces de descollar un poco en la sociedad, aunque puede que sea porque no han querido, ya que son o han sido bastante inteligentes, o eso quiero pensar cuando me siento generoso. Dicen que vivimos bien, quizá sea verdad, son poco ambiciosos, los veo conformistas y un poco de capa caída, se hacen mayores.

La necesidad de independencia, de libertad, cada vez me urge más. Necesito hacer las cosas a mi modo. Y es que es lo natural.

Uf, por cierto, qué hambre tengo.

—¡Papá, mamá! ¿Pero aún no está la cena?

ADOLESCENCIA CUÁNTICA

La atmósfera de la sala parece de ese azul de los glaciares que conserva los recuerdos más antiguos, o tal vez sea la luz degradada de aquella decadente ciudad o de esa música que se mece y cuyas notas azulencas, cuando se agitan, ofrecen un envés escarlata y ardiente. El joven, sentado en el sofá, debe de tener unos diecisiete o dieciocho años, cabellos un tanto largos, muy negros con un mechoncito cano, y barba no muy cuidada ni corta ni larga, viste sencillo, camisa de franela a cuadros blancos y negros, tejanos negros y bambas clásicas, sencillas, escucha con emoción un LP del mejor Tchaikovski, el que consigue aunar su profunda melancolía con una enorme fuerza trágica.

Es un comedor bastante grande, ligeramente rectangular, con un gran ventanal por el que penetraría mucha luminosidad si las persianas no estuvieran medio bajadas, ya que se trata de un piso relativamente alto y enfrente no hay casas sino el mercado del barrio.

En el lado izquierdo, próximo a la ventana, cubierta por una hermosa tela y una pequeña maceta con flores rojas, una máquina de coser hoy decorativa, pero hasta no hace tanto utilizada por la madre para completar los ingresos familiares. Recuerda haber jugado con el pedal o acompañarla en tranvía para llevar los tejidos a una calle cerca de la plaza de Tetuán. Casi tocando la cosedora, clavado en la pared, hay un radiador de agua, que aún funcionaría si fuera necesario, aunque las estufas catalíticas son las que se usan habitualmente. En el rincón del otro lado, el derecho, del ventanal, un angosto y alto armario un poco olvidado, de madera

marrón oscura, que se puede utilizar de escritorio y que no contiene cosas relevantes, solo algunos diccionarios, papeles, fotos viejas y la máquina de escribir antigua, pues la nueva, eléctrica, está en el despacho del padre.

Entre los extremos, entre la máquina de coser y el armario, a espaldas de la calle y de cara a la mesa central del comedor, dos cómodas butacas de estructura de madera y una vieja mesita baja, gris, con varias revistas. Las paredes blancas, de papel rugoso —unos años antes estaban empapeladas con motivos geométricos y tonos marrones— soportan varios cuadros pintados por el padre. En la pared opuesta al ventanal, hay dos de ellos, antiguos, uno sin demasiada gracia, de El Escorial y otro más luminoso de El Alcázar de Segovia, que ya desde pequeño le pareció atractivo, pues se sentía entrar en él, hay campos, un carro y balas de trigo, cuyo color dorado rivaliza y hasta supera al bonito alcázar. Otros tres lienzos son muy recientes, de ejecución más firme, destacando un paisaje de verdes muy hermosos, con un lago chino y una vegetación que consiguen el milagro de una obra viva, en la que te sumerges con delicia. Estos últimos están expuestos en la pared enfrentada a la televisión, sobre un amplio, liviano y fresco sofá, un sillón antiguo, de próximo retiro, con una muy pequeña mesita al lado ocupada por un supletorio del gris teléfono, y la práctica lámpara de pie.

Una nueva televisión ha sustituido a la entrañable y duradera Inter, la primera que hubo, en la que el muchacho, de pequeño, y su padre vieran *Star Trek* y *Rumbo a lo desconocido*, o películas que le impresionaron muy vivamente como el *Nosferatu*, de Murnau, o el *Hamlet*, de Laurence Olivier.

En el centro geográfico, la mesa redonda, bastante nueva, que, cuando se extiende, es ovalada, y que ha sustituido a una rectangular protegida por un grueso cristal, que al chaval le gustaba más, y bajo una más espectacular que bonita lámpara, de dorados candelabros y lágrimas de vidrio. Hay sillas distribuidas por la

sala, de diversas épocas, siendo las de rejilla las más actuales, que no mejores, las que tienen la preferencia en la mesa.

La amplia pared opuesta al ventanal, además de los cuadros del Escorial y del Alcázar de Segovia, está ocupada en su mayor parte por un mueble relativamente reciente, de tres cuerpos, con armarios bajos en todos ellos, dos zonas de cristalería, con puercecita de vidrio azul oscuro, espacios abiertos con enciclopedias y otros gruesos libros, y en el del centro, con fotos familiares, algún jarroncito y diversos útiles de diario, llaves olvidadas, lápices, agendas, tarjetas y algunas postales enviadas, desde diversos lugares de España y algunas del extranjero, a este piso de Barcelona.

La televisión está en la pared de paso, pues, por un lado, está la puerta que da al largo pasillo y, por el otro, la de acceso al luminoso despacho, antes la habitación marital, que está ahora sumergida en las profundidades del piso. Ese artefacto, sin embargo, es capaz, con sus escasos dos canales, de crear un espacio especial, mágico, sobre todo al anochecer, al cenar y después, en que la familia reunida ve alguna película, Estudio 1 u otros programas, aunque cada vez están menos miembros, al casarse muy joven una hermana y viajar bastante la otra. Él, el benjamín, pero ya en primero de carrera, va saliendo también, pero más en fin de semana. Al lado una torre de audio, con el tocadiscos que ahora está funcionando con ese disco de Tchaikovski, y dos altavoces cada uno en un extremo del comedor. Altavoces confeccionados por su padre, alguien muy hecho a sí mismo, que llegó a estar en el frente en la Guerra Civil de muy joven, casi niño. Si tocas los bafles, notas su fuerte vibración, como si la orquesta o hasta el autor estuvieran allí mismo. Junto al «tocata» varios discos mal puestos, algunos fuera de sus fundas, que seguro que ha escuchado antes: Haydn, Serrat, Cohen, Brel, Cecilia y varios de Cafrune.

No puede creer lo que ve, podría ser un sueño o una alucinación, sin embargo sabe que es real. Estaba hace unos segundos, en su

casa, en la cocina, tomando un café con leche de la Nespresso, y acabando de hablar por el móvil, cuando le ha sorprendido ver cómo vibraba el café, como si hubiera un ligero terremoto. Se disponía a entrar en el comedor, a su comedor, para apuntar unas ideas en el ordenador y poner la rumba en marcha y que hiciera un repaso por la casa, llena de polvo, cuando sintió una música familiar, que le hechiza y hacía mucho que no oía. Notó como si bajara un pronunciado escalón que no hay o no se ve y ha sentido un ligero mareo y un cambio de luz, de naranja a azulada.

Y se halló en un comedor, sí, pero no el suyo, y sentía que ni siquiera estaba en la luminosa Valencia. Es un lugar bastante grande, rectangular, con un gran ventanal por el que, si las persianas no estuvieran medio bajadas, penetraría mucha luz, pues se trata de un piso relativamente alto y enfrente no hay casas sino el mercado del barrio de Sagrada Familia.

Y ahí está un joven, de unos diecisiete o dieciocho años, melena un tanto enmarañada, con un discreto mechoncito blanco natural, y barba cuidada ni corta ni larga, sentado en un sofá, escuchando con emoción esa música de Tchaikovski, la sexta sinfonía, que aúna una profunda melancolía con su enorme fuerza trágica.

Después de esta música ya no se puede poner nada más, piensa el adolescente, así que se dispone a apagar el «tocata» y salir un rato, cuando ve en el comedor, en la entrada, a un señor que le observa absorto, con ojos fascinados; lo normal sería asustarse, gritar, descolgar el teléfono y llamar a la policía, pero está tranquilo. Es alguien que le es muy familiar, de hecho se parece bastante a su padre. Su pelo es casi todo plateado, con entradas normales para su edad, que debe de pasar de los sesenta, barba corta casi blanca pero con bigote, igual que las cejas, azabaches. Viste casi moderno, tejano, polo, excelentes deportivas... No tiene muchas arrugas y no está de mal ver, si es que tenemos en cuenta esos más de sesenta tacos.

—Entonces —dice el muchacho— seré así dentro de un siglo.

— ¡Hombre, algo menos! Creí que te asustarías.

—Qué va, con esta música de ensueño todo es posible. Quiere un café o una copa, ¿verdad?

—No... bueno, sí, sabes, lo que me haría mucha ilusión es tomar de ese Anís del Mono, hace siglos que no lo pruebo. ¡Cómo le gustaba a mamá! Era su punto flaco. ¡Sólo gracias a ese licorcillo no llegó a hacerse de la liga antialcohólica!

Pese al intento de broma del mayor, el muchacho queda muy preocupado mientras le dice que tome asiento y prepara dos copitas.

— ¿Le *gustaba*? —pregunta casi en un sollozo.

—Sí, lo siento... yo...

—Pero... no sé, es como si nunca pensara en que mamá y papá... no sé.

—Vivirá hasta los noventa y cuatro, hace muy poco que se fue, no está tan mal, de verdad.

— ¿Tuvo buena salud?

—Excelente, ágil y sin ni un dolor de cabeza, ni una pastilla para tomar, sólo los últimos cinco o seis años tenía cierta senilidad, pérdida de memoria, pero no demasiado grave, al menos nos solía reconocer.

— ¿Papá?

—Parecido, cumplió los noventa y cinco, que siendo hombre está muy bien; tuvo dificultades físicas los últimos años, pero la cabeza perfecta hasta el final.

—«El final». Pobres míos... Es que yo... yo...

—Falta mucho, tranquilo, más de cuarenta años.

—Yo sólo pensaba... sólo pienso en mí, que si mi vida es bella o un asco, que si valdría más morir, que me siento víctima y no apreciado, que si me duele un dedo del pie a lo mejor es que me quedo cojo, con cada pequeño disgusto me digo que si el mundo es injusto conmigo, aunque después me doy cuenta de mi egoís-

mo y entonces... por cierto no le veo tan mal. Sabe, estaba seguro de que no llegaría a su edad, ni mucho menos. Veo que le quedan cabellos, muy justitos pero suficientes para no ser propiamente calvo, aunque esos kilillos de más...

—Puedes hablarme de tú... sería lo lógico...

—No sé si podemos hablar mucho de lógica.

—Sé que te crees que se te cae mucho el pelo y que te quedarás calvo en seguida, ya ves que no es así.

— ¿Y de salud?

—Bueno, he tenido alguna cosilla, pero me recuperé bien y no puedo quejarme en absoluto; eso sí, tengo bastante miopía y algo de moderada pérdida de oído. Por lo demás, como un roble.

— ¿Y de ilusiones?

—Sólo tú podrías hacerme esta pregunta tan pronto —sonríe el mayor—. Pues verás, he perdido bastantes, pero me van quedando las que más importan; la verdad es que algunas llegan a estorbar.

—Me estoy poniendo nervioso... Ahora mismo vamos a sentarnos y a poner algo de orden para hablar, es que hay tantas cosas, ¿te sonríes?

—Sí, no me acordaba de que antes, a tu edad, era más seguro que ahora. Yo ahora hubiera dicho, como mucho, «¿Te parece que pongamos algo de orden...?»

—Pero con los años uno sabe más, tiene más seguridad, más experiencia... ¿no?

—Por eso, Dídac, por eso.

—Llámame Diego, si no te importa.

—Es verdad, de los dos nombres a ti te gustaba más en castellano.

—No es que me guste más, es la lengua materna, soy yo.

—Pues parte de la familia somos...

—Sí, sí, también me reconozco en Dídac, pero en segundo término, sabes. Vaya, así que cambiaré de nombre...

—En gran manera es el mismo nombre...

—No es bien bien así.